

1

—Descríbeme en dos palabras cómo es tu vida, Irina Maxwell.

Irina miró detenidamente a la periodista que le hacía la entrevista, cuyo cabello oscuro parecía dibujado por un experto dibujante. Si hubiese tenido que ser sincera, habría dicho que su vida era «simple» y «aburrida», pero eso no era lo que deseaban de ella. Irina, como modelo internacional que era, tenía que proyectar una gran imagen de sí misma. Independiente pero no demasiado, fría pero no tan distante y solidaria, aunque evitando pronunciarse políticamente. Y seguridad. Mucha seguridad.

Deseaba soltarse, dejar de ir tantas horas al gimnasio, de tener demasiados viajes, dietas estrictas o de intentar ser perfecta.

De todas formas, pensaba retirarse. Era demasiado joven —aún no tenía los treinta—, pero aquel mundo de la moda la estaba consumiendo, tanto que a veces apenas disfrutaba de tiempo libre. Necesitaba no tenerlo todo planeado, necesitaba la imprevisión en su vida, la irregularidad.

Forzando una sonrisa, se echó su oscuro pelo hacia atrás.

—Se me vienen muchas palabras a la cabeza, pero creo que escogería «felicidad» y «libertad». Estoy en uno de los mejores momentos de mi vida —dijo escuetamente.

—Gracias por todo, Irina.

—A vosotros.

Salió del gran edificio con rapidez y se puso las gafas de sol. No, seguramente no la reconocerían, pero siempre había tenido los ojos muy sensibles a la luz. Miró el reloj de su muñeca y fue lo más rápido que pudo a La cafetería de Tay, donde había quedado con sus amigas. Aquella cafetería pertenecía a una de sus mejores amigas, Taylor, y habían decidido quedar allí.

El negocio de Taylor iba tan bien que la joven había contratado personal suficiente como para no tener que estar metida allí todo el

día. Además, en su sexto mes de embarazo, Kevin, su novio, tampoco quería que se esforzara mucho. Hoy les diría a todas si se trataba de un niño o niña, aunque Taylor ya decía que estaba segura de que era niña. Por otra parte, la boda de Andrea, la otra mejor amiga de Irina, sería en apenas un mes. La había adelantado para que Taylor pudiese estar en ella lo más cómoda posible.

Andrea estaba luchando frenéticamente por coordinar todo. Con una sonrisa, Irina pensó en el futuro tan brillante que le esperaba a su amiga. Al menos le quedaban la rubia y elegante Violette y la singular Grace, las nuevas amigas que se habían unido al grupo que en un principio formaban Irina, Andrea y Taylor. La independiente y fría Grace no deseaba a nadie en su vida. Para ella, los sentimientos no conseguían más que traer problemas, y ella deseaba tener una vida muy tranquila. Por su parte, Violette era un alma sencilla, y estaba locamente enamorada de su marido, Duncan. Este último, al igual que Kevin, el novio de Taylor, y Scott, el prometido de Andrea, eran marines, y amigos además. El grupo de amigos marines lo completaban Bryan y Dorek. Dorek..., con quien Irina había tenido algún acercamiento que no había llegado a más.

Cruzó un paso de cebra y las vio sentadas en la terraza del local, tomando algo y charlando animadamente. Taylor fue la primera en verla.

Alzó una mano.

—¡Ira, estamos aquí!

Todas se giraron y sonrieron. Violette tenía a Pearl, su perrita chihuahua, entre sus piernas, quien ladró de forma muy esporádica al verla también.

Llegó hasta ellas y se sentó entre Andrea y Taylor. Dejó su bolso al lado, en una silla libre, y suspiró.

—Ya estoy aquí. Perdonad la tardanza.

—No te preocupes, cariño. Hemos pedido ya. Para ti, un *latte*.

Irina asintió con una sonrisa.

—Estupendo, gracias.

—¿Qué tal ha ido la entrevista? —Andrea dejó un pequeño cuaderno sobre la mesa, cerrándolo—. ¿Ha sido muy pesada?

—Para nada, ha ido más rápido de lo que pensaba. La campaña de trajes de baños y complementos está yendo genial. Además, no me han preguntado sobre mi vida personal, por lo que... —Sonrió a Andrea y señaló el cuaderno—. ¿Qué es?

—Oh, ¿esto? Los contactos para mi boda. Peluquero, flores... Es una locura todo lo que hay que preparar.

—Puedo darte el número de Anthony. —Violette dio un sorbo a su té—. Él fue el que preparó la mía. Con él no tendrás que preocuparte de nada, aunque... cobra algo caro. ¿Quieres el número? Eso sí, no creo que tu boda quede mejor que la mía —dijo seriamente.

Taylor puso los ojos en blanco.

—Creo que sobrevivirá.

—Le diré que vas de mi parte, así te hará un descuento. —La elegante rubia le guiñó un ojo—. Soy una clienta exclusiva.

Andrea aguantaba la risa, intentando parecer seria.

—Muchas gracias, Violette. Lo llamaré mañana entonces.

—Por cierto, ¿soy la única que está tan mal con la alergia? —Grace habló por primera vez, luciendo unos ojos lacrimosos—. Estoy asqueada con el polvo y el polen. Las pastillas no hacen efecto. Cambiando de tema, me gustaría deciros que en unos meses voy a hacer la presentación de mi nuevo libro; ¿vendríais alguna?

Irina la miró con los ojos como platos.

—¡Por supuesto! No nos habías dicho nada.

—¿Qué guarrada has escrito ahora? —Taylor sonreía—. Oh, no me digas, un bombero cañón con problemas para apagar un fuego...

—Buena idea, pero no. —Grace sonreía con picardía, mordiendo la pajita de su batido de helado de chocolate—. Marines.

—¿Marines? —Violette la miró fijamente durante unos segundos—. ¿En serio?

—Sí, porque a las mujeres nos encantan los hombres con uniformes, a casi todas. Y los marines son como los orgasmos. Poco duraderos pero muy satisfactorios. —Grace abrió su bolso cuando el móvil comenzó a sonar—. Perdonadme; espero una llamada de mi padre.

—Por supuesto. —Andrea asintió.

Al alejarse, Taylor la contempló con una ceja alzada mientras se acariciaba la barriga, que había aumentado bastante en dos semanas. Llevaba una camiseta blanca de premamá y unos vaqueros que acentuaban sus nuevas curvas. Según ella, una de las muchas cosas buenas del embarazo eran el aumento de los pechos y las caderas, y a Taylor, de por sí delgada, le encantaba estar más rellenita. Lo que Irina no le había dicho era que los pechos se quedaban muy estropeados y que no volvían a ser los mismos. No, definitivamente no.

No quería echar a perder su espléndido momento.

—¿Sabéis qué? Algo me dice que hay gato encerrado con Grace.

—¿Gato encerrado? —preguntó Violette.

—Creo que entre ella y Bryan ha habido... algo.

—¿Algo?

Taylor soltó una maldición que hizo girar todas las caras hacia ellas. Había perdido la paciencia.

—¡Demonios! ¿Cómo voy a hablar bien si no me entiendes?

—Lo estás haciendo genial, cariño. —Andrea sonrió—. Sigue.

—Han follado. Lo sé. Lo huelo.

—Yo no huelo a nada. —Violette parecía enfadada. Su perrita ladró antes de cerrar los ojos y quedarse dormida—. ¿Soy la única?

Suspirando, la embarazada continuó.

—Cuando Kevin y los demás se fueron a la última misión, le pregunté a Grace si echaba de menos a Bryan.

—¿Y qué dijo? —Irina, sin poder contener su curiosidad, se acercó más a ella.

—Que no, que no está enamorada. Pero lo dijo de verdad, como si todo le diese igual.

—Bueno, es que no todo el mundo se quiere enamorar, Tay.

—Andrea llamó al camarero con la mano—. Está centrada en su carrera como escritora.

—¿Y tanto gana como para poder vivir de ello?

—Suele estar en altas posiciones de ventas. —Andrea se encogió de hombros—. Podríamos preguntarle.

Grace volvió en ese mismo momento, sonriendo plácidamente. Ese día se había rizado el pelo, y echándose hacia atrás, las miró entrecerrando los ojos. Cualquiera que la hubiese visto habría dicho que había estado tomando el sol o sesiones de rayos ultravioleta. Su olivácea piel brillaba bajo los rayos del sol.

—Esta noche trabajo hasta tarde. Pensaba quedarme durmiendo en casa, pero bueno...

—Yo debería irme —dijo Irina de repente mientras dejaba atropelladamente unos cuantos billetes sobre la mesa—. Tengo que recoger a Amy.

—¿Tan pronto? —Andrea bufó—. Pensaba que comeríamos todas juntas.

—Prometo apuntarme la próxima vez. —Sonriendo, dio un beso a todas sus amigas. Luego miró nuevamente el reloj de muñeca—. Lo siento de verdad.

Irina se fue con rapidez sin mirar atrás, cruzando un semáforo en rojo para los peatones, lo que fue seguido por el pitido de un coche que había tenido que frenar. Sentía la mirada de sus amigas en la espalda, pero la cosa era que había visto a un grupo de hombres altos, casi todos morenos menos uno de ellos, y estaba segura de quién se trataba...

Se comportaba como una niña. Lo sabía. Pero la mejor forma de seguir con su tranquila vida era mantenerse alejada de Dorek. Oh... Dorek, aquel marino de ascendencia polaca. Con su cálida mirada siempre siguiéndola a todas partes. O su pelo rubio, tan brillante que muchos modelos masculinos matarían por tenerlo... O sus fuertes brazos cubiertos de aquel vello arena... O su ancha espalda... Dorek era su tentación personalizada. Y no había nada que ella pudiese hacer para evitarlo.

Bueno, sí... Correr.

Lo que estaba haciendo en ese momento.

Las cosas no podían ser tan fáciles como él quería hacerlas parecer. Irina llevaba mucho vivido, sobre todo con los hombres. Si ya de por sí su vida no hubiese sido fácil con un padre que la abandonó al cumplir los tres años, ser criada por una estricta mujer de California debería haber sido un delito. Su madre, enfadada por el abandono de su padre, había intentado hacer de Irina una mujer fuerte e independiente que no necesitase la compañía masculina.

Irina siempre se había preguntado dónde podría estar su padre y si realmente habían sucedido las cosas tal y como las contaba su madre.

Ella quería oír las dos versiones.

Estirando el cuello de un lado a otro, tuvo la sensación de tener un par de ojos aún siguiendo sus movimientos.

Anduvo durante veinte minutos hasta llegar a la guardería. Con casi cuatro años, Amy era el fruto de una relación que no había salido nada bien con un español, Carlos, y quien, de hecho, ya había rehecho su vida con otra mujer. Ahora, afortunadamente, se llevaban bien por el bien de Amy. Irina a veces envidiaba la rapidez con la que algunas personas conseguían olvidar a otras, hacer sus vidas y no mirar atrás. Ella cometía el enorme error de mirar atrás una y otra vez.

Natalie, una de las profesoras de la guardería, estaba en la puerta. Eran tres hermanas que habían ganado una buena fama en apenas unos años. Su profundo amor y comprensión por los niños, además de las buenas críticas, habían convencido a Irina para tener allí a su hija.

Natalie sonrió.

—¡Irina! Vienes antes de lo normal.

—He terminado por hoy. ¿Amy se ha portado bien?

—Genial, como siempre. Hemos tenido clase de español. Hoy venía la chica de Barcelona, ¿te acuerdas de ella?

—Claro. —No, no se acordaba para nada. Hizo un esfuerzo mientras seguía a Natalie al interior del pequeño colegio.

Si hubiese tenido que describir cómo era el centro, las palabras habrían sido «cálido», «acogedor» y «colorido». Los pasillos estaban iluminados por ventanas y claraboyas que dejaban ver el cielo azul, aunque podían taparse con toldos. Las paredes estaban decoradas con los dibujos de los niños y niñas, e Irina reconoció uno de Amy. Con una sonrisa, saludó a la chica que se encontraba en la recepción, organizando cientos de papeles.

A continuación vio las puertas que dividían las distintas clases. Por los cristales vio desde los más pequeñitos, apenas dos años, hasta los de seis años. Finalmente llegó a los de tres y cuatro. No necesitó mucho tiempo para buscar cuando vio el pelo rubio de su hija.

Cuando la profesora abrió la puerta, la atención de todos se enfocó en ellas.

—¡Mamá!

—Amy, hoy te vas antes. Tu mamá está aquí. Recoge tu sitio y coge tus cosas, cariño. Perdona la interrupción, Victoria.

La profesora de español sonrió. Irina no conseguía recordarla, aunque sus ojos casi negros le parecieron familiares.

—No te preocupes, ya casi hemos acabado. Amy va muy adelantada, ¿verdad?

—Sí. —La dulce voz de su hija la embriagó, estremeciéndola.

En poco más de dos minutos salió del centro de la mano de su hija. El sol de primavera impactaba contra ellas, calentándolas.

—¿Qué has hecho hoy?

—Hemos repasado los saludos en español y luego hemos estado haciendo...

Irina escuchaba con atención a su parlanchina hija cuando, al pararse en un semáforo en rojo para los peatones, trastabilló con los tacones blancos que llevaba. Una cálida mirada parda derretida estaba clavada en ella. Cerró los ojos y apretó los párpados, segura de haber visto mal.

Iba a abrirlos cuando...

—Oh... ¡Mamá, mamá! ¡Es Dorek, es Dorek! ¡Mira! ¡Qué de tiempo sin verlo! ¡Viene a saludarnos!

El semáforo se había puesto en verde para los viandantes, pero Irina no cruzó. Tenía la suficiente educación como para no hacerle un desplante a Dorek Alzando la cabeza y tensa como la cuerda de un violín, se obligó a sonreír cuando lo vio caminar hacia ellas, con las manos metidas dentro de los bolsillos de los pantalones negros.

Por todos los santos, qué guapo era...

Su pelo rubio estaba revuelto, como si se hubiese pasado las manos varias veces por él. Llevaba una camiseta blanca que marcaba todos y cada uno de sus trabajados músculos y que hacía que más de uno se girara para mirarlo. Y su forma de andar tan felina..., los anchos hombros, los fuertes brazos cubiertos por vello dorado... Maldición, incluso la forma en que los rayos del sol incidían sobre él. Ninguna portada de revista podía conseguir tal perfección. Era todo lo que una mujer quería.

Curvó las comisuras de la boca hacia arriba.

—¡Dorek! —Amy se lanzó a sus brazos.

Él la cogió y la subió sin ningún problema sobre sus hombros, colocando cada pierna a cada lado de su cabeza.

—Pero bueno, ¿quién es esta chica tan guapa? ¡No será Amy! Has crecido mucho.

—Te hemos echado mucho de menos, Dorek.

—¿Tu mamá también? —La ronca voz del hombre la confundió.

—Las dos —dijo Irina con sinceridad, sonriendo relajadamente—.

Hemos estado ocupadas. Solo eso.

—¿Sí? Entonces, si os invito a comer, supongo que me diréis que sí. No soportaría irme sin estar un rato más con vosotras. Incluso os dejo elegir.

Irina frunció el ceño, sorprendida ante la inesperada proposición. Amy no tardó en exclamar efusivamente muchos «sí» antes de mirarla fijamente con sus grandes ojos tostados. Si decía que no, acabaría

siendo ella la bruja del cuento y su hija dejaría de hablarle las horas siguientes.

No se sintió enfadada: sabía que Dorek quería algo con ella. Lo había dejado claro desde la primera vez que lo había conocido, cuando Scott y Andrea se reencontraron. Lo malo era que no sabía exactamente para qué, y, además, Irina cogía demasiado cariño a la gente. No pasaría por aquella transición.

Sin salida, asintió.

—De acuerdo, si es lo que quieres...

—Por supuesto, insisto.

—¿Adónde nos vas a llevar? —preguntó Amy sin bajarse de sus hombros.

—Cariño, bájate. Vas a hacerle daño.

—¿Estás bromeando? Apenas la siento.

Comenzaron a andar. Ella lo seguía, observando las bromas que compartía con Amy. Tenían tanta química... Ira frunció el ceño. Ella nunca había tenido esa facilidad para hablar con los hombres. Se trababa, perdía el hilo de la conversación o incluso acababa nerviosa, pensando si lo que decía tenía sentido. Su idioma materno era el ruso, y aunque tenía un inglés fluido, temía no dominarlo nunca del todo.

Tenía muy pocos recuerdos de su padre. Había sido un comandante ruso que, tras conocer a su madre de vacaciones, había decidido tener una familia hasta que, un día, se había ido. Desaparecido. Sin explicaciones. Le había pasado a su madre la pensión sin retraso alguno, pero poco más. Ni fue a ver a Irina ni preguntó por ella nunca. O eso es lo que Irina había vivido. No iba a mentir: tampoco había sido duro para ella, y menos cuando su madre, Katherine, había hecho todo lo posible por hacer de ella una mujer fuerte.

Desgraciadamente, no lo había conseguido.

Todas las mujeres de la familia de Irina acababan solteras y con hijos. Ella no quería eso, pero definitivamente tampoco quería pasar por echarse un novio y que finalmente este no quisiera estar con ella de un día para otro.

Actualmente su madre estaba conociendo a un hombre a través de una aplicación de citas, y parecía ir todo bien, si bien su madre iba con pies de plomo.

—¿Qué te parece, Irina?

La aludida sacudió la cabeza y los miró.

—¿El qué?

—Ir a un restaurante italiano. Me muero de ganas por ir, y Amy piensa lo mismo. ¿Te parece bien?

—Oh, claro, por supuesto. Me encanta la comida italiana.

—Es ese de ahí —señaló Dorek con un gesto de cabeza.

Se trataba de un gran local con la bandera de Estados Unidos y la de Italia en la puerta. De ladrillo de color verde oscuro, se veía elegante y caro. Muy caro. Y aunque ella podía perfectamente permitírselo, que Dorek las invitase no le parecía del todo bien. Los cristales pulcramente limpios dejaban ver el interior perfectamente, con mesas oscuras de madera y manteles blancos que hacían un precioso contraste.

Un toldo verde los recibió y dio paso a que dejaran de sentir los rayos del sol sobre el rostro. Dorek bajó a Amy de sus hombros y la cogió de la mano. Nada más entrar, un camarero moreno de ojos verdes les sonrió.

—Dorek, qué alegría verte. Veo que vienes muy bien acompañado. Amy soltó una risita antes de sonrojarse.

—Vengo acompañado a mi reserva; espero que no suponga ningún problema —dijo con una sonrisa.

—Para nada. Os enseño vuestra mesa.

El suelo era de parqué barnizado que deslumbraba incluso más que las ventanas. El increíble olor a pasta italiana llegó hasta Irina. Su estómago rugió con fuerza, aunque no se escuchó por la suave música que los rodeaba. Había muchísimas personas comiendo, desde parejas y amigos hasta familias. Ellos parecían una, se dijo mirando de reojo cómo Dorek iba de la mano con Amy.

La conexión entre ellos era muy profunda. Quizás se debía al aura de tranquilidad que el marino desprendía, lo que conseguía que los niños y las personas en general confiaran en él.

Llegaron hasta una mesa que daba a un enorme jardín con un patio de piedras y una fuente. Irina llevaba años frecuentando esa zona y nunca se le había ocurrido ir allí. La fuente tenía forma de ola de mar y una sirena en medio. Refrescaba la zona.

—¿Qué te parece? —Dorek le retiró la silla para que se sentara.

—Gracias. —Le sonrió—. Me encanta.

—Me alegro. —Hizo lo mismo con Amy—. Es uno de mis restaurantes favoritos. Os va a encantar la comida.

—La verdad es que...

Irina dejó de hablar cuando le pareció escuchar la voz de Taylor. Miró hacia la puerta y allí estaban todas sus amigas, acompañadas por Kevin, Scott, Bryan y Duncan. Frunciendo el ceño, sonrió con incredulidad. ¿Qué demonios hacían allí? De repente, se vieron rodeados de todos ellos. Vio cómo Dorek negaba con la cabeza antes de darle un puñetazo juguetón a Kevin en el hombro.

—No puedo deshacerme de vosotros.

Se encargaron de hacer que unieran más mesas para sentarse todos juntos.

—Ha sido casualidad —aseguró Taylor—. Pero no te preocupes, Dorek, que te vas a sentar al lado de Irina.

—No seas grosera, Tay. —Andrea cogió sitio entre Scott y Violette—. Nosotras te dejamos en paz cuando estabas detrás de Kevin.

La rubia puso los ojos en blanco.

—Eso no quiere decir que yo tenga que ser igual.

—Compórtate. —Grace sonreía—. O al menos inténtalo.

Taylor puso los ojos en blanco.

—Oh, demonios, dejad de mirarme.

—Deberías dejar de gritar —le dijo Irina.

—Yo no grito, Ira: yo alzo la voz. —Cogió la carta—. Me muero de hambre. ¡Oh, lasaña!

—¿Hay lasaña? —Grace cogió otra carta—. Qué rica... Y la bechamel...

—Oh, Dios mío. —Andrea soltó una risita—. Creo que soy la única cuerda del grupo. Tú también, Ira.

Violette frunció sus carnosos labios. Luego miró a su enorme marido.

—Debería comer algo que no engordase mucho.

—Por un día no te va a pasar nada. —Duncan le cogió la mano—. Vamos a compartir algo.

—¡De ninguna forma! —Retiró la mano, con una cuidada manicura francesa—. Sigo enfadada contigo por haberme hecho dejar a mi pobre Pearl en casa.

—No puede entrar aquí, Violette. —Scott intentaba contener la sonrisa mientras la aludida lo observaba detenidamente.

—Pues ahora me odia.

—Se ha quedado dormida en el sofá. —Duncan gruñó algo ininteligible antes de llamar al camarero—. Pidamos las bebidas.

El camarero de antes volvió a acercarse y, tras apuntarlas, se fue para dejarles unos minutos más y decidir qué iban a comer. Irina tenía sentimientos encontrados: por una parte se alegraba de que todos hubiesen llegado y que aquella comida con Dorek ya no pareciese una cita, pero por otra parte temía haber perdido una gran oportunidad para llegar a conocer al marine polaco más profundamente.

Mientras hacía como que leía la carta con Amy, miró de reojo a Dorek. Él hablaba animadamente con Scott, soltando unas risas. Nerviosa, tragó saliva.

—Mamá, ¿puedo pedir espaguetis a la carbonara?

—Por supuesto, cariño.

—¿Qué vas a pedir tú, tía Tay? —preguntó la niña mirando a su amiga rubia.

—Pues creo que lasaña. ¿Y tú, guapa? ¿Solo espaguetis? Aprovecha que tu madre tiene dinero y pide...

Perdiendo el hilo de la conversación, Irina dio un pequeño salto cuando alguien la tocó. Era Dorek. Sonriendo, intentó que su voz no temblaba.

—¿Sí?

—¿Confías en mí? Prometo que pediré algo muy bueno.

Vaya, eso no se lo había esperado...

—¿Algo bueno?

—*Muy* bueno —enfaticó.

Sonrojada, asintió tímidamente antes de desviar la mirada y ser consciente de que todos estaban pendientes de ellos. Mortificada, ignoró la sonrisa de Taylor y cerró la carta, mirando a Grace, que conversaba con Bryan sobre algo. Él tenía toda la atención puesta en ella, observándola con detenimiento y un peculiar brillo en sus bonitos ojos celestes.

—Grace, ¿encontraste la camiseta?

—Oh, sí, gracias. La compré *online*, pero en otro color.

Cuando la atención de todos pareció dispersarse, Irina respiró hondo. Amy hablaba con Andrea en ese momento mientras ella lo hacía con Violette, cuya preocupación estaba centrada en su perrita y en haberla dejado en casa. Iba a preguntarle a Andrea cómo iban los reportajes en la revista cuando su móvil sonó.

—Disculpadme. Es un segundo.

—Nosotras nos quedamos con Amy. —Andrea asintió con una sonrisa tranquilizadora.

Irina salió del restaurante y se sorprendió al ver el número de su madre. Conteniendo un suspiro, cogió la llamada.

—¿Mamá?

—¿Irina? Tu padre ha llamado.

Su madre siempre había sido directa, ya que odiaba no ser entendida a la primera, y le daba igual si para ello tenía que hacer daño removiendo viejos recuerdos. Como estaba haciendo en ese momento. Irina sintió como si le hubieran tirado por encima un jarro de agua fría. Cogió aire. Su padre nunca había llamado, y, si lo había hecho, su madre nunca había se lo había comunicado.

—¿Pasa algo?

—Por algún extraño motivo que no logro comprender, quiere ponerse en contacto contigo.

—¿Y le has dado mi número?

—Sí, ¿qué remedio? Si no, tarde o temprano lo habría conseguido él. Solo quería avisarte.

Su fuerte y femenina voz fluyó con suavidad, aunque transmitía frialdad. De repente Irina sentía el corazón latiendo cada vez más rápido, golpeando contra el pecho. Incluso notaba cierta aspereza al coger aire, como si tuviese la garganta irritada. ¿Su padre quería saber de ella? ¿Ahora?

—Lo siento, Irina.

—No te preocupes, mamá. Ya te llamaré.

—De acuerdo. ¿Todo bien?

—Sí, estoy cenando con el escuadrón —dijo con una sonrisa temblorosa.

—Pásalo bien, cariño.

Tras colgar, entró nuevamente en el restaurante con el estómago completamente cerrado. ¿De verdad su padre quería saber de ella? ¿Y por qué ahora? Ya era demasiado tarde para recuperar el tiempo perdido. ¿Ya se habría cansado de dejar a mujeres embarazadas y abandonar familias a su paso que ahora quería establecer relaciones con sus hijos? Aquel cruel pensamiento pasó fugazmente por su cabeza antes de desterrarlo a lo más profundo de su mente.

Ella no era así. Irina no era cruel.

Hablaban por ella todos aquellos recuerdos en los que había echado en falta la figura paterna.

—Ira, ¿va todo bien?

La voz de Taylor penetró entre sus pensamientos. Sacudió la cabeza y sonrió.

—Por supuesto. No era nada importante —murmuró ocupando su sitio.

2

—Perfecto. Hemos terminado.

Irina se alejó de los focos donde se había hecho las fotos para la temporada de bikinis con la empresa con la que llevaba trabajando un año. Le dieron una suave bata de seda rosa palo y se fue hacia su camerino. Varios trabajadores pasaron a su lado con rapidez para recoger el escenario que acababan de utilizar para las fotos. Habían recreado una playa paradisíaca donde, tumbada sobre la arena, Irina había mostrado complementos y algunos modelos de bikinis. En unas semanas viajaría para rodar un pequeño anuncio televisivo donde tendría que correr cerca de la orilla, mojarse y sonreír.

Cada vez quedaba menos para las vacaciones de verano, y Amy se iría a España para pasarlas con su padre, Carlos. Irina solía aprovechar para trabajar mucho, y si disponía de tiempo suficiente, se iba ella también a la provincia de Huelva, de donde era su exmarido, y alquilaba una casa en la playa. A Carlos y a su mujer no les importaba.

Una vez en su camerino, fue a darse una ducha rápida, tras la cual se puso su ropa y salió del estudio.

Cuando estuvo en el exterior, cerró los ojos e inspiró. Una suave brisa nocturna le movió los mechones sueltos del flequillo y le refrescó la nuca. Se había hecho un moño suelto para evitar la molestia del pelo. Ya se lo habían manoseado bastante durante la sesión.

—Así que al fin sales... Te he estado esperando.

Irina miró hacia la derecha, de donde venía aquella reconocible voz masculina. Era Dorek, que estaba apoyado en la pared, cruzado de brazos. Llevaba unos vaqueros oscuros que tapaban sus largas piernas. Además, una camiseta gris corta le daba un *look* informal pero arreglado que le agradó.

Sonriendo, fue hacia él.

—¿Qué haces aquí?

—Podemos decir que he extorsionado a cierta amiga tuya que se muere de ganas por darnos un tiempo a solas para que me dijera dónde estabas —respondió con una mueca traviesa.

Ella suspiró pesadamente.

—Taylor.

—Esa misma, sí. —Él sonrió cálidamente, lo que enturbió la mente de Irina durante unos segundos—. Me ha dicho también que Amy está con Andrea, por lo que puedo invitarte a cenar sin que me digas que no.

Irina negó con la cabeza y le hizo un gesto.

—Vamos; te llevaré yo a un buen sitio de comida rusa —sugirió ella.

—¿Comida rusa? —Dorek se puso a su lado, con las manos metidas en los bolsillos—. Creo que me gustará.

Durante los quince o veinte minutos que duró el paseo hasta el restaurante, Irina se limitó a responder de forma escueta a lo que Dorek le preguntaba para después pasar ella a hacerle preguntas a él. Estaba cansada, aunque admitía tener ganas de hablar con alguien, relajarse, olvidarse del mal día que había tenido debido al poco tiempo que tenía para sí misma o su hija. Cada día odiaba más su trabajo, aunque otros días lo amaba tanto que temía acabar tomando la decisión equivocada si lo dejaba.

—Estás perdida.

Irina dejó de observar a los paseantes para clavar sus ojos en él.

—No, no lo estoy.

Dorek dejó de caminar, y ella se paró también.

—Irina, sabes que si te sientes incómoda me lo puedes decir, ¿verdad? No tienes que cenar conmigo.

—No te preocupes, solo estoy un poco adormilada, quizás —dijo educadamente.

—¿Segura?

Dorek seguía sin caminar. Ella lo miró de reojo y, tras sonreír, lo cogió de la mano para tirar de él.

—Vamos, tengo hambre.

Tras llegar al pequeño restaurante, Irina saludó a Dmitry. Era un camarero ruso que llevaba unos años viviendo en Estados Unidos. Irina le había echado una mano con el idioma, aunque él rápidamente lo había dominado, apenas en un año y, si no hubiese sido por el acento, habría podido decirse que era de allí.

Sus cálidos ojos castaños brillaron al verla.

—¡Irina! Me alegro de verte; pensaba que no te vería esta semana —dijo.

—Ha sido casualidad —respondió la rusa, y miró a Dorek—. Dorek, él es Dmitry. Dmitry, este es Dorek. Lamento ser tan directa, pero tengo que admitir que me muero de hambre...

El ruso sonrió y estrechó la mano del marine.

—Un placer. Os llevaré hasta vuestra mesa.

Dorek asintió y sonrió. Dmitry los condujo hasta una esquina alejada de las demás mesas, donde les dejó la carta. El mantel de color azul noche con una suave tela en el centro de color blanco hacía que la mesa se viera preciosa. Irina pidió vino para beber antes de que Dmitry se fuera y se sentó tras agradecerle al polaco con un gesto de cabeza que le retirase la silla.

Dorek agarró la carta con sus grandes manos y frunció el ceño. Irina intentó no sonreír ante lo arrebatadoramente atractivo que lucía al estar tan concentrado y se aclaró la voz.

—¿Confías en mí? —susurró curvando los labios.

Él levantó los ojos de la carta y la miró.

—¿A qué te refieres?

—A la comida. Déjame que yo la elija. Te prometo que te encantará.

Dorek compuso una divertida mueca que le sacó a la rusa una carcajada.

—De acuerdo, Irina. Haré lo que nunca he hecho: confiar en los gustos culinarios de otra persona.

—No te arrepentirás. —Llamó a Dmitry con un gesto de mano, le dio las dos cartas y, sin dejar de mirar a su acompañante, le dijo—: Por favor, tráenos lo que siempre pido, pero que sea doble.

Dmitry sonrió mientras apuntaba todo en una pequeña libreta.

—Diría «buena elección», pero casi siempre escoges lo mismo.

—Quiero impresionarlo. —Se encogió de hombros.

Una vez a solas con Dorek, Irina se planteó la idea de dejarlo todo claro. Había una atmósfera muy tranquila y amistosa entre ellos, y quizás no se le volviese a presentar una ocasión como aquella. Cierto era que su vida era bastante cómoda, aunque aburrida y monótona, pero ella no vivía sola. Tenía a su hija. Y eso, sumado a que sus relaciones siempre acababan mal, hacía que prefiriera mantenerse al margen. Sobre todo si era un militar, como su padre.

Un miedo interno a que se volviese a repetir la misma experiencia la echaba para atrás. Aunque Dorek era diferente.

—Dorek, yo... Mira, agradezco tu insistencia. —Lo miró fijamente a los ojos, maldiciendo interiormente que fuesen tan cálidos y tentadores—. Pero no quiero tener nada con nadie. Ni rollos ni relaciones serias. Tengo a Amy y quiero seguir con mi vida. Tal y como es. ¿Me entiendes?

Si por algo se caracterizaba Irina era por decir lo que pensaba de forma clara pero respetuosa. Era directa, aunque para nada había sido así desde siempre. De adolescente, los rasgos que más habían destacado en ella habían sido la timidez y la desconfianza.

Dmitry apareció entonces con el vino que había pedido Irina. Dejó la botella y dos copas y se volvió a ir.

—¿He hecho algo que no te ha gustado?

—Oh, no, Dios, para nada. —Sin poder aguantar la intensidad de su mirada, clavó los ojos en sus uñas azul oscuro—. Pero... me he criado sin padre, Dorek. Mi madre tuvo el suficiente respeto como para no traer cada día a un hombre diferente, y creo que por eso nos fue tan bien. —Suspiró—. Me gustaría que nos fuese así a nosotras.

—Pero Amy ya me conoce.

—Cree que somos amigos.

—¿De qué tienes miedo, Ira? —Dorek estiró la mano y jugueteó con un mechón de su oscuro cabello—. Temes enamorarte de mí, tienes miedo de que te rompa el corazón, aparte de que desaparezca de la vida de Amy, cosa que no va a pasar.

Irina sonrió tímidamente.

—Scott y Kevin no te dejarían.

—Aparte de eso, yo no soy así. Y me molesta que pienses eso.

Alzó una ceja, pero no añadió nada. No iba a convencerla. Sí, era un buen hombre, eso era indiscutible. Pero a la hora de irse quienes lo pasaban peor eran los niños. Y Amy era feliz, muy feliz, y a Irina le había costado mucho esfuerzo conseguirlo, tantas relaciones que tras una noche de sexo había decidido romper con rapidez.

—No quiero hablar de esto. Lo siento.

En ese momento llegó Dmitry con *zakuski*, una ensalada hecha con patata, remolacha, zanahoria, huevo y mayonesa. Irina se humedeció los labios y aprovechó los escasos segundos en que Dorek cogía los platos que traía el camarero ruso y lo observó. O, mejor dicho, lo devoró con la mirada. Que no fuese a incluirlo en su vida no quería

decir que no pudiese deleitarse mirándolo. Desde ese pelo rubio que deseaba acariciar hasta sus labios. Se moría de ganas por probarlos otra vez, como en aquella fiesta donde la había besado, en el cuarto de baño. Tan fuertes y tiernos, tan calientes y adictivos...

Experimentó un suave cosquilleo por el cuerpo, sintió los pechos pesados contra la camiseta y se inclinó. Miró los poderosos brazos de Dorek, cubiertos por aquel vello rubio claro, y el fuerte pecho que escondía su camiseta, musculoso, trabajado por el ejercicio físico. Lo único que le echaba para atrás a Irina era que fuese militar. Su padre lo había sido, y la vida que había llevado no había sido precisamente respetable tras abandonarlas a su madre y a ella.

Se moría de ganas de acariciarlo, observar su gran cuerpo desnudo, sentir lo que era tener sexo otra vez con una persona que significara algo... Cogiendo aire, cruzó las piernas y cerró los ojos unos segundos. Sentía una fuerte palpitación en el centro de su intimidad. Estaba mojada, y eso que ni siquiera la habían tocado.

Su olor fresco, limpio y masculino llegó hasta su nariz.

Por todos los santos...

—Irina, ¿estás bien?

Asustada, levantó la mirada. Dima parecía tan confundido como se sentía ella.

—Por supuesto —musitó.

—Aquí está el *zakuski*. Disfrutad, chicos. Os traigo el siguiente plato después.

Asintiendo, Irina comenzó a comer sin atreverse a levantar la mirada de su comida bajo la atenta mirada masculina. Pensó que quizá debía soltar un comentario, como que todo estaba delicioso o que hacía algo de frío por el aire acondicionado.

Se miró las uñas, con una manicura perfecta, y odió la perfección que la rodeaba.

—Estás tensa —le dijo Dorek.

Movió el cuello de un lado a otro, sin mirarlo.

—No te preocupes. —Sonrió mientras se llevaba su copa de vino a los labios.

—Puedo hacerte un masaje —murmuró él sonriente, sin pizca de maldad... ¿O sí?

Irina estuvo a punto de escupir sin querer el vino cuando lo miró a los ojos; despedían mucha intensidad. Y ella sabía el porqué. La

deseaba. Y ella a él. Muchas mujeres del restaurante lo miraban, sorprendidas de ver tanta masculinidad y perfección en una sola persona. Dorek era esa clase de hombre por el que toda mujer se giraba.

—Tus ojos brillan, Ira.

—Me acabo de echar colirio —mintió rápidamente. Estaba acostumbrada a dar excusas—. Llevo lentillas.

—No te he visto hacerlo. —Sonrió—. Pensaba que la mentirosilla del grupo era Taylor.

—Y yo no sabía que tú fueses tan entrometido —le espetó alzando la barbilla.

—Intento conocerte mejor, pero no me dejas. —Dorek desvió la mirada y la paseó por el restaurante. Parecía cansado, e Irina no pudo evitar sentirse culpable. Se mostraba a la defensiva. Estaba pagando su mal genio con él.

—Lo siento. A veces olvido que no soy la única que tiene un trabajo estresante. —Estiró una mano y la posó sobre una de las de Dorek, atrayendo su atención—. ¿Qué tal tu día?

Él se acercó a ella, besándole la palma de la mano para luego mantenerla cogida. Ella se sonrojó.

—Muy cansado, pero bien. Gracias.

—Veo que no soy la única reservada —bromeó ella antes de retirar la mano y continuar comiendo. Miró el plato del polaco y compuso una mueca—. No te gusta, ¿verdad? A veces se me olvida que la gastronomía rusa es... especial. Dmitry —hizo un gesto con la mano—, ven cuando puedas. Lo siento, Dorek...

—No te preocupes. —Sonrió él—. Quizás el siguiente plato me guste.

—No lo creo. ¿Sabes? Tienen pasta, hamburguesas y perritos calientes.

—Buena idea. Creo que me pediré uno... —dijo asintiendo sin acabar la frase, esperando a que Dmitry llegara.

—¿Uno de qué?

Irina, cruzándose de brazos mientras miraba a Dorek, pensó que necesitaba, y ya, tener una pequeña y fácil aventura. No con Dorek, no, él era su amigo, pero sí necesitaba a alguien con quien quitarse toda aquella química sexual.

—Uno de cada.

Una hora más tarde, ambos llenos, Irina pidió más vino. Se encontraba relajada, casi hechizada por la voz de Dorek y la hermosa canción que sonaba. Cerró los ojos y tarareó distraídamente, pasando los dedos por la suave tela del mantel.

—Déjame adivinar. —La voz del polaco se coló entre sus pensamientos. Irina alzó la vista e intentó que no la intimidara la intensidad la mirada de Dorek—. Te gusta Ed Sheeran.

—Es mi cantante favorito —admitió sonrojada—, y *Photograph*¹ es mi canción favorita. Fue la primera que Amy se aprendió de memoria, sin contar las canciones infantiles.

—Lo recordaré. ¿Sabes, Irina? Eres una de las pocas mujeres que se sigue sonrojando. Eres inocente. Muy inocente.

Sonriendo, ella movió la cabeza de un lado a otro.

—Los rusos somos diferentes.

—¿Tus padres son rusos?

—Mi madre es estadounidense. —Sonrió sin mirar a ninguna parte—. Mi padre es ruso. Aunque no lo recuerdo, ni siquiera recuerdo haber estado alguna vez con él. Era comandante en el ejército ruso. Creo que se retiró hace poco tiempo, no lo sé. Mi madre tampoco quiere saber de él.

—Así que te criaste con tu madre...

Ira se preguntó por qué querría saber sobre ella. Su infancia no había sido cruel, solo solitaria. A pesar de lo fría que había podido ser Katherine, había sido una madre estupenda. A Irina nunca le había faltado nada. Con una sonrisa, recordó una vez que su madre se había presentado en una función del colegio. Sería, con un moño tirante y sus gafas cuadradas, el corazón de Irina había dado un brinco. No la había esperado allí.

O cuando había recibido burlas por tener problemas con el inglés. Su madre la había defendido con una fuerza y una firmeza tales que había conseguido apartar las burlas de los crueles niños de su camino. Intimidaba, y mucho.

La mano cálida y grande de Dorek sobre la suya la sobresaltó.

—¿Irina?

¹ Sencillo de Ed Sheeran del álbum X

Discográfica: Atlantic Records UK, Spirit Music Group

Autor(es): Ed Sheeran, Johnny McDaid, Martin Harrington, Tom Leonard

Productor(es): Jeff Bhasker y Emile Haynie

Fuentes: Spotify y Wikipedia

—Lo siento, estaba recordando algo. —Sonrió y miró la mano de Dorek. Entrelazó los dedos con los del polaco. Por supuesto, inconscientemente.

—¿Un recuerdo feliz?

—Ajá. ¿Sabes? A veces, el no criarse con un padre no quiere decir que seas un fracaso. —Lo miró y se preguntó por qué era tan guapo. Quería saber de quién había heredado aquellos rasgos tan fríos y europeos. Y sus labios. Sus deliciosos labios—. Lo peor fue que mi padre le rompió el corazón a mi madre. Eso es algo que no creo que pueda perdonarle. —Suspirando, pidió la cuenta a otro camarero. No encontraba a Dmitry—. Los hombres a veces no tenéis ni la más mínima empatía —murmuró roncamente antes de incorporarse—. Yo pago.

Irina dejó su copa a un lado e hipó. Demonios, había bebido demasiado. Al salir del restaurante le propuso a Dorek dar un paseo. ¿Lo invitaría luego a su casa? ¿Por qué no?

Durante el paseo Irina se dio cuenta del increíble buen humor que tenía Dorek, de lo mucho que le gustaba hacer sentir a los demás cómodos. Irina se rio de sus chistes malos, de sus primeras experiencias al entrar en la Marina y de cómo había conocido a Scott y a los demás. También le habló, con seriedad, del terrible momento que vivió Kevin al perder a su mujer.

Tras ver la redonda luna entre los edificios de la ciudad, dieron la vuelta, y entonces Irina consiguió saber algo de la misteriosa vida de Dorek. Al parecer, tenía una hermana más joven llamada Elwira que estudiaba Medicina. Elwira era la mujer alta y rubia con la que Irina había visto a Dorek un día tiempo atrás. Se sonrojó al recordar lo mal que se había tomado al verlo con una mujer, y pensó que la próxima vez que lo viera con alguien no pensaría mal.

A Irina le costaba seguir el hilo de la conversación, porque no podía dejar de mirar a Dorek. De arriba abajo. Durante el paseo había entrado en un bar a comprar dos botellas de agua y en ese trayecto Irina había contemplado con deleite su trasero. *La cantidad de cosas que podría hacerle si lo tuviese para mí durante al menos dos minutos*, pensó.

—Deberías dejar de beber —susurró Dorek mientras le quitaba a Irina la copa de vino que se estaba tomando—. Esa sonrisa me está

dando miedo.

Estaban en casa de Irina, quien finalmente había reunido el coraje para invitarlo a tomar una última copa.

Ella frunció el ceño, dolida.

—No estaba sonriendo.

—Sí que estabas sonriendo. —Sentado enfrente de ella en un sillón, le cogió la mano con suavidad—. Acércate; voy a leerle la mano, como hacemos en mi país.

Irina soltó una risilla que se alargó más de lo normal por el vino.

—Oh, vamos... ¿Ahora ves el futuro? —Guiñándole un ojo, abrió los dedos hasta dejar la palma de la mano a la vista de los dos.

—No te burles; puede influir a la hora de leerla.

Poniendo los ojos en blanco, ella asintió. Toda la casa estaba a oscuras, a excepción de la lámpara del salón, que alumbraba de forma tenue. La penumbra solo ayudaba a ver a Dorek aún más atractivo, como si fuese un príncipe de las tinieblas salido de un libro. Su pelo parecía como oro fundido, e Irina deseaba hundir los dedos en él, acariciarlo...

—Oh, oh...

La voz cargada de tristeza fingida la hizo sonreír. Alzando una ceja, sonrió.

—A ver...

—La línea de la vida dice que tendrás una vida muy larga, demasiado larga. Quizás vivas más de cien años.

Ira frunció el ceño.

—No quiero tanto tiempo.

Dorek la agarró más fuerte cuando ella intentó retirar la mano.

—¿Por qué no?

—A medida que te haces más mayor puedes hacer menos cosas. Con los ochenta y ocho me vale.

—Déjame que siga leyendo. —Un suave masaje con los pulgares sobre su sensible piel la hizo suspirar y luego soltar una risa—. Así que tienes cosquillas en las manos...

—Es mi secreto —confesó ella, inclinándose aún más. Quería ver lo que él veía. Pero no, la palma de su mano no le contaba nada. Solo veía líneas curvadas. Frunciendo el ceño, miró a Dorek, escéptica—. Me estás tomando el pelo.

—¿Te estás metiendo con las tradiciones de mi país?

Al verlo tan serio, movió enérgicamente la cabeza.

—No —murmuró.

—Sigamos. Mmm... —Irina dejó escapar el aire cuando uno de sus dedos presionó en el centro de la palma, para luego desplazarlo por todo el recorrido. Lo miró fijamente. ¿Sabía lo que le estaba causando? ¿Lo mucho que sufría con su contacto? ¿Desde cuándo tenía tantos puntos sensibles en la mano?

Humedeciéndose los labios, se acercó un poco más. Solo lo suficiente como para que su olor llegara hasta ella. Su increíble olor. Si se acercaba un poco más...

—Esta línea dice que tendrás más de cuatro hijos.

Parpadeando, se paró a mirarlo. Pero no, no bromeaba. Sonreía, como satisfecho por sus habilidades para leer manos. En ese momento, maldijo ser tan tímida. Seguramente no estaría siendo lo suficientemente clara como para que Dorek supiese que deseaba acostarse con él. Quizás haber bebido tanto vino tenía aquellas consecuencias... Quizás quería aprovechar que hasta mañana no recogería a Amy.

Fuera como fuese, debía hacer algo.

—Cuatro hijos... Vaya, Irina... Eres una mujer muy fértil.

Captó su tono de broma y sonrió.

—Por supuesto.

—Podrías ser mamá modelo.

—No, gracias; mi meta en la vida no es estar embarazada durante años.

—Sigamos... Hay una gran curva al final de la línea de...

Irina se inclinó para besarlo cuando, al no calcular bien y no poder apoyar la mano en el sillón, acabó tirada en el suelo. Despatarrada y con el pelo en la cara, se sonrojó. Pensó en el ridículo que estaría haciendo cuando Dorek la agarró y la incorporó, volviéndola a sentar.

Su mirada era confusa, como si no entendiese qué había pasado. Intentó ocultar el rostro, abochornada por sus malas habilidades a la hora de coquetear.

—¿Te has hecho daño?

—No —murmuró antes de peinarse con rapidez, dándose un tirón de pelo cuando uno de los anillos se enganchó. Gimió y soltó una maldición en ruso mientras intentaba deshacer aquel desastre.

—Espera, espera. Déjame a mí. Vas a acabar calva.

Colocándose entre sus piernas, de rodillas, le apartó con suavidad las manos y comenzó a deshacer el nudo. Irina no sintió dolor alguno; Dorek lo hacía con tanta suavidad que algo le dijo que ya había pasado por eso, como por ejemplo con su hermana. Vio que sonreía y negaba con la cabeza, a apenas unos centímetros de su rostro.

Pudo ver la chispa alegre de sus cálidos ojos, las comisuras de su atractiva boca curvada en una sonrisa, la suave nuez bajando y subiendo cada vez que tragaba. Estirando la mano, acarició el vello incipiente de su mandíbula.

—Eres muy guapo.

Dorek frunció el ceño y luego se levantó.

—Listo, pelo arreglado. Debería irme.

Sorprendida, se levantó lo más rápido que pudo, ignorando el temblor de sus piernas.

—¿Por qué? Estoy sola. No tienes que irte tan rápido —dijo mientras lo seguía hasta la puerta.

Dorek se paró. Al no esperárselo, ella acabó golpeándose contra su enorme espalda. Dorek se giró y dio un paso hacia atrás.

—No voy a acostarme contigo.

Otro jarro de agua fría en aquel día... ¿O no?

Vale, le había dolido, pero no pensaba admitirlo. Parpadeando, decidió quedarse callada, sin saber qué decir. Desde luego no iba a cometer el error de Taylor, hablar sin pensar y meterse en otro lío.

Él suspiró y la agarró de los hombros.

—Irina, has bebido.

—Pero soy consciente de todo. He estado pensando...

—Creo que... Me ha quedado claro que lo que tú buscas y lo que yo busco son cosas diferentes.

Irina no sabía cómo tomarse aquel comentario. Parpadeó varias veces antes de agarrarlo de las manos, acercándolo a su cuerpo.

—Espera... Mira, sé que he actuado de manera...

—Lo entiendo, Irina. —Dorek le dio un beso en la mejilla.

—Quieres estar sola, pasarlo bien. No quieres sufrir más y aún menos teniendo a Amy. Lo entiendo. Pero desgraciadamente yo no quiero pasarlo bien solo.

Irina sacudió la cabeza.

—¿Quieres escucharme? Yo... —Cerró los ojos con fuerza. Estaba confundida. No sabía cómo expresar lo que sentía. De hecho,

no sabía qué sentía—. ¿Podemos hablarlo en otro momento? He bebido y no consigo hablar del todo bien.

Él la miró fijamente durante unos segundos, como si no la tomase en serio. Irina se arrepintió de haber actuado los últimos días como una niña, escondiéndose de él. Le gustaba Dorek, quería conocerlo, pero al mismo tiempo le gustaba demasiado su cómoda vida, sin preocupaciones, sin estrés, sin tener que mirar al móvil por si le habían escrito... Eran demasiadas variables, y quería controlarlas todas.

—Mañana... mañana llevo a Amy a sus clases de natación. Si me dejas, me gustaría invitarte a un café, té o lo que tomes. ¿Aceptas? —dijo mirándolo fijamente, viendo la incertidumbre en sus ojos.

Asintiendo, Dorek le dio un apretón en una mano antes de abrir la puerta e irse. Irina no había planeado que salieran así las cosas, pero, desde luego, podría haber sido peor.

Se quitó los zapatos, se arrastró hasta el sofá y se dejó caer.

El miedo a volver a ser herida y pasar por lo mismo que había vivido con Carlos la estaba condicionando. Su relación había comenzado siendo tierna, bonita, pasional para, en unos meses, cambiar por completo. Irina había confiado lo suficiente en Carlos como para pensar que la distancia no supondría nada en su relación. Pero se había equivocado. El hecho de enterarse por él, a quien había amado intensamente, de que se había acostado con otra durante los tres meses que habían estado separados había estado a punto de hacerle perder la cabeza. Sobre todo embarazada. Lo había guardado como sorpresa, pensando que aquello los uniría aún más.

Dios, qué ilusa y estúpida...

Odiaba admitir que el recuerdo todavía la hería.

Nunca había conseguido perdonarlo, ni entenderlo. Tras escucharlo, terminó la relación y decidió continuar soltera, y ahora por fin había llegado a tener una vida llena de comodidad, escudada ante las relaciones.

Su madre se lo había dicho, pero Irina había preferido no escucharla y mirar a otro lado, convencida de que Carlos no iba a ser así. La vergüenza de tener que mirar a su madre a la cara tras acertar había sido devastadora. Lo bueno de la situación había sido su independencia económica, ya que no había tenido que pedir dinero a nadie ni ahorrar por comprar todo lo necesario.

Había decidido tener una relación cordial con Carlos por Amy, aunque aún no había olvidado del todo la forma en que la había engañado.

Apretando los dientes, decidió que no tenía sentido volver a pensar en lo mismo.

Grace se alejó del ordenador y miró por la ventana, sin ver realmente nada. Estaba perdida en sus pensamientos, reflexionando en cómo podría conectar a la pareja de su novela sin que fuera forzado. Desgraciadamente, llevaba meses sin poder escribir apenas nada. No sabía a qué se debía, y, para ser sinceros, iba demasiado atrasada.

El sonido de su teléfono al recibir un mensaje la trajo de vuelta a la realidad.

Se inclinó y vio el nombre de Bryan. Oh, el marine.

Lo ignoró y se fue hasta el sofá.

Definitivamente debía dejar de verse con Bryan. En primer lugar, le estaba dedicando demasiado tiempo, tiempo que tenía que ser dedicado a la escritura, y para continuar, no sabía si Bryan sería de los que se enamoraban. Ella no lo era.

Sentía simpatía por él, era divertido, pero hasta ahí llegaba todo.

Quizás sus relaciones no habían funcionado por su independencia. Había llegado a un punto en el que se había acostumbrado a tomar las decisiones sola, sin tener en cuenta a nadie. Y aunque odiaba herir a sus parejas, admitía haberlas hecho sufrir en ocasiones por su necesidad de libertad.

Sabía que tarde o temprano acabaría pagándolo.

El móvil volvió a sonar.

Molesta, estiró la mano y miró. Bryan. Otra vez. Suspirando, decidió coger la llamada.

—¿Sí?

—Estás desaparecida, Grace.

Su tono de voz bajo y ronco le gustaba; era suave pero grave, como mezclar dos cosas opuestas entre sí.

—He estado ocupada —murmuró levantándose y yendo hasta la cocina. De repente le habían entrado muchísimas ganas de beber algo. Sentía la lengua pastosa y el vientre revuelto.

Estaba nerviosa.

—¿Tan ocupada como para no poder coger mis llamadas?

A pesar de su tono de broma, Grace captaba cierto rencor y dolor en el marino. Cansada, aguantó la respiración.

—Estoy muy liada con mi libro. Tengo que entregarlo en tres meses. Y además tengo una presentación dentro de poco tiempo.

—Claro, lo entiendo. —Pasaron unos segundos antes de oír a través del teléfono un pitido—. Quizás puedas sacar aunque sea diez minutos para mí, ¿no?

—Por supuesto. ¿Quieres que nos veamos hoy a las ocho? Creo que a esa hora podré, y no hará tanto calor.

—Genial. ¡Te veré después, Gracie!

Al colgar, se quedó mirando el móvil. Esperaba estar equivocada, pero creía saber por dónde andaban los tiros. La ilusión en su voz tras decirle que sí lo dejaba claro. Sin tener claros sus sentimientos, miró de nuevo el portátil, encendido, todavía por la página treinta y uno. Deseaba tanto acabarlo y hacer una bonita historia... Y, sin embargo, no paraba de encontrarse obstáculos.

Suspirando, volvió a la silla y se prometió no moverse de ella. Al menos, hasta adelantar.